



SEPTIEMBRE DE 2003

PORFIRIO DÍAZ: ¿HÉROE O VILLANO?

POR PAUL GARNER

Tal vez porque la figura de Díaz sigue inspirando acalorados ataques y defensas, se ha vendido tan bien el más reciente libro de Paul Garner: Porfirio Díaz, del héroe al dictador: una biografía política. El especialista condensa en este texto los postulados de su libro.

El mito no niega las cosas, por el contrario, su función es hablar de ellas [...] purificarlas, hacerlas inocentes, darles una justificación externa. Elimina la complejidad de los actos humanos [...] quita toda dialéctica [...] establece una afortunada claridad. El mito está constituido por una pérdida de la calidad histórica de las cosas.

— **Roland Barthes**, *Mythologies* (1972).

Pocas figuras en la historia de México, e incluso en la de América Latina, son tan conocidas como Porfirio Díaz. Hasta muy recientemente, pocas han sido más incomprendidas o difamadas. La explicación básica para tantas distorsiones se revela al investigar los vigorosos mitos que se han creado en torno a la figura de Díaz. Todos los mitos, creados durante y después de la vida de Don Porfirio, tuvieron un origen y un claro fin político, pero cada uno se fortaleció con base en una corriente historiográfica poderosa, pero últimamente distorsionada. Por lo tanto, para empezar a acercarse con más imparcialidad a la vida de un personaje tan importante, y tan polémico, es imprescindible entender cómo la imagen de Díaz ha sido creada y denigrada y, sobre todo, cómo ha sido objeto de apropiación a lo largo del último siglo. De hecho, las diferentes representaciones del régimen porfirista pueden verse como un claro ejemplo de los cambios tanto de la moda historiográfica como de la política nacional a lo largo del siglo XX. Estas interpretaciones contradictorias entre sí han

dificultado, si no imposibilitado, la realización de un análisis equilibrado tanto del hombre como de su régimen. De acuerdo con el crítico francés Roland Barthes, los han despojado de su calidad histórica.

La historiografía porfiriana puede dividirse en tres categorías principales, cada una con una cronología, un enfoque y, cabe decir, una distorsión específicos. Éstas son: el porfirismo, el antiporfirismo y el neoporfirismo. El retrato favorable de Díaz (porfirismo) domina la historiografía del periodo anterior a la Revolución de 1910, aunque durante y después de ésta se hicieron algunas contribuciones importantes. El porfirismo pone de relieve, sobre todo, la longevidad del régimen, particularmente en contraste con sus predecesores en el México del siglo XIX, y su éxito al lograr una estabilidad y una paz políticas por un periodo de casi 35 años: *inter alia*, su patriotismo, su heroísmo, su dedicación, su sacrificio personal, su tenacidad y su valentía.

La portada típica de las numerosas biografías de Díaz, publicadas durante los últimos años del régimen, se elegía con la intención específica de mostrar la imagen del patriarca austero, pero benigno, del héroe militar, del constructor de la nación y del anciano estadista en pleno control del destino de la patria; en pocas palabras, del héroe con el clásico molde republicano. El deliberado culto de la personalidad se promovió de manera activa a lo largo del régimen, pero especialmente después de la tercera (y muy polémica) reelección de Díaz en 1892, y vio su apoteosis en las fastuosas fiestas del Centenario de la Independencia. Con una ironía suprema, las celebraciones de 1910 representaron también la némesis del régimen. Menos de dos meses después, en noviembre de 1910, empezó la revolución que despojaría a Díaz del poder. Seis meses más tarde, había dimitido y había sido obligado a un exilio del que nunca regresó.

Una de las principales consecuencias de la Revolución Mexicana fue la destrucción del culto porfirista y su sustitución por un antiporfirismo igualmente poderoso. Sin embargo, el antiporfirismo no fue producto exclusivo de la Revolución, aunque se expresó con mayor fuerza después de 1911, en lo que devendría la interpretación estándar, ortodoxa y prorrevolucionaria. Según el antiporfirismo, el régimen de Díaz era el ejemplo máximo de la tiranía, la dictadura y la opresión, el mismo Don Porfirio quedaba condenado por su corrupción, su autoritarismo y su traición a los intereses nacionales.

El antiporfirismo dominó la historiografía mexicana durante casi tres generaciones de la posrevolución. Sin embargo, en la década de 1990 hubo fuertes indicadores de que la imagen de Díaz y la interpretación de su régimen habían sufrido una marcada transformación. Se empezó a interpretar la época de Díaz bajo una luz mucho más positiva, que se llegó a identificar como un culto neoporfirista. Ciertamente, incluso podría afirmarse que el neoporfirismo constituye ahora la nueva ortodoxia historiográfica. Un estímulo importante para esta nueva y profunda evaluación han sido los logros y la sofisticación de las investigaciones recientes realizadas por la generación actual de historiadores mexicanos y extranjeros. En consecuencia, las nuevas tendencias de la historia social, política, económica y cultural se han reflejado profundamente en la imagen tradicional del México porfiriano. Cada vez más se rechaza la división tradicional de Porfiriato y Revolución, así como su categorización como fenómenos separados. Ahora se interpretan las tensiones y conflictos de la época como un choque "cultural" (en el sentido más amplio del término) entre una sociedad "tradicional" y las fuerzas de la "modernidad". Igual de importante como fuente de nuevas interpretaciones ha sido la transformación de la política nacional a partir del decenio de 1980. En este contexto político más amplio, el cambio en la actitud oficial y pública hacia el régimen de Díaz en el México contemporáneo es, claramente, un reflejo de la reestructuración radical de la economía política mexicana a raíz del

impacto devastador de la crisis de los años ochenta. Evidentemente, no es una casualidad que la reciente evaluación positiva de la estrategia económica porfirista coincida con la estrategia neoliberal de las administraciones posteriores a 1982. El neoliberalismo de México y Latinoamérica se ha caracterizado por un regreso a la apertura a la inversión extranjera, un renovado estímulo al desarrollo hacia afuera y un impulso hacia la privatización y la desregulación —distintivos de la política porfiriana anterior a 1910—, en claro contraste con la ortodoxia posrevolucionaria de la intervención estatal, la nacionalización y la sustitución de importaciones.

En los años noventa se percibía claramente la evolución de lo que Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar Camín identificaron, en 1989 (*A la sombra de la Revolución Mexicana*), como "una nueva época histórica que dice adiós a las tradiciones más caras y los vicios más intolerables de la herencia histórica que conocemos como Revolución Mexicana". Obviamente, en términos de herencia historiográfica, una de estas tradiciones más queridas y uno de los vicios más intolerables del legado histórico de la Revolución han sido, sin duda, la denigración y la satanización del personaje que esta misma arrancó del poder. El retrato de Porfirio Díaz como un dictador brutal siguió una lógica muy clara, relacionada directamente con el proceso de mitificación de la propia Revolución. Desde la perspectiva del México posrevolucionario, la justificación principal de la Revolución fue la expulsión de lo que llegó a considerarse una dictadura opresiva y tiránica. Con estas circunstancias, la evaluación equilibrada de Díaz o del régimen era, en el mejor de los casos, difícil y, en el peor, imposible.

Antiporfirismo

Desde la perspectiva de la historia "oficial" antiporfirista y prorrevolucionaria, Díaz se volvió, usando la célebre frase del periodista Filomeno Mata, "El monstruo del mal, de la crueldad y de la hipocresía". En el extranjero Díaz fue retratado como un tirano despiadado, "el más colosal de los criminales de nuestro tiempo... pilar central del sistema de esclavitud y autocracia", como lo definió el periodista estadounidense John Kenneth Turner en su todavía muy leído *México bárbaro*, publicado en 1909.

El retrato de Turner compendia el antiporfirismo: acusaba a Díaz de conspiración y traición, de inhumanidad, de brutalidad y duplicidad. De acuerdo con Turner, Díaz era "el asesino de su pueblo... y un cobarde ruin y vil... El presidente de México es cruel y vengativo y su país ha sufrido amargamente". Era una imagen muy distorsionada, y Turner estaba preparado para usar anécdotas sin fundamento, incluso irrisorias, para lograr un efecto sensacionalista. De hecho, las distorsiones de Turner eran poco más que una caricatura. En México, los ejemplos más virulentos del antiporfirismo se encuentran en la década de 1920. Clásico de este periodo es el relato de Luis Lara Pardo, en su *De Porfirio Díaz a Madero*, publicado en 1921. De acuerdo con

Lara

Pardo:

Bajo los oropeles de la abundancia y la prosperidad, comenzaron a aparecer la crueldad, la intransigencia, la ambición sin límites y el egoísmo del César. Entonces pudo verse que las verdaderas características de su régimen eran dos: exterminio y prostitución... El general Díaz creía firmemente en el exterminio como arma principal de gobierno... Pocos gobernadores, aun entre los reyes, emperadores, faraones, sultanas y califas, han hecho más para prostituir a un pueblo que el general Díaz para degradar a los mexicanos...

La penetrante influencia del antiporfirismo se encuentra también en otras partes del mundo hispánico de esta época. *Tirano Banderas* (1926), la "clásica" novela sobre el fenómeno de la dictadura, escrita por el ensayista y dramaturgo español Ramón del Valle-Inclán, tomó a Díaz como uno de los modelos para un dictador arquetípico

latinoamericano del siglo XIX, un tirano cínico y despiadado caracterizado, sobre todo, por su crueldad y sadismo. También en 1920, el novelista y ensayista Vicente Blasco Ibáñez describió la *pax porfiriana* que Díaz había implantado en México: <

El orden que mantuvo durante treinta años fue producto de una serie de fusilamientos sin testigos y de atentados a la libertad individual. En esos treinta años mató a más gente, de un modo sordo y oculto, que los que murieron después en todas las batallas sucesivas de la revolución.

En México, el antiporfirismo continuó ejerciendo una poderosa influencia sobre lo que se convirtió en la interpretación "ortodoxa" del régimen de Díaz. La visión ortodoxa, en estos años más intensamente antiporfiristas, ponía énfasis en el autoritarismo y la tiranía del régimen, y aseguraba que representaba una desviación de las tradiciones liberales del México decimonónico. Todavía hubo rastros de esta ortodoxia que predominaron incluso en los análisis más eruditos y profundos que aparecieron después de 1940, como en los trabajos de José Valadés, Jesús Reyes Heróles y Daniel Cosío Villegas.

José Valadés, en *El Porfirismo: Historia de un régimen* (tres tomos, 1941-48), aseguraba que su intención era investigar, con "mente abierta", la percepción predominante posrevolucionaria del régimen como "una manifestación casi textual de la tiranía". Sin embargo, su conclusión era inequívoca:

Verdad es que en el Presidente [Díaz] hubo mucho señorío; que su palabra se hizo mando; que unió a la perseverancia la energía; que poseyó innegables cualidades privadas; que amó intensamente al país. Sin embargo, por haber construido su poderío en la inconstitucionalidad, con lo cual la república se cubrió de pesares y defectos al paso que sus bases y columnas perdieron solidez y equilibrio; sin embargo, el prestigio de Porfirio Díaz no deja de ser amargo y siniestro...

Daniel Cosío Villegas, coordinador del proyecto *Historia Moderna de México* (diez tomos, 1955-1972), era más circunspecto e, incluso, expresaba, si bien con reservas, admiración por las habilidades políticas de Don Porfirio. Reconocía que Díaz "no era ni un ángel, ni un demonio, ni tampoco una mezcla de los dos". Sin embargo, confirmaba el enfoque de la historiografía antiporfirista al explicar la Revolución de 1910 en función de una reacción a la acumulación "de un grado de poder que no podía llamarse absoluto, pero del que podía asegurarse era incontrovertible". Desde el punto de vista de Cosío Villegas, la época de Díaz, que él mismo llamó el "Porfiriato", debería verse, de manera fundamental, como una aberración dentro de la lenta evolución de México hacia la libertad política durante el siglo XIX. De acuerdo con Cosío Villegas, "Porfirio Díaz levanta entonces la bandera del progreso material... pero descuidando y aun sacrificando la libertad política".

El proyecto de Cosío Villegas, sin duda la contribución más importante, a nuestro entendimiento, sobre la época de Díaz, calificaba de esta manera, sin plantear un desafío de manera fundamental, la ortodoxia historiográfica prevaleciente. Esta visión fue expresada con mayor fuerza por Jesús Reyes Heróles, quien, en *El liberalismo mexicano* (tres tomos, 1957-61), negaba a Díaz o a su régimen cualquier mérito

dentro de la tradición liberal del siglo XIX. Para Reyes Heróles, "El porfirismo, enjuiciado en su totalidad como fenómeno que duró treinta años, no es un descendiente legítimo del liberalismo. Si cronológicamente lo sucede, históricamente lo suplanta".

Porfirismo

Los trabajos de Valadés, de Reyes Heróles y, sobre todo, de Cosío Villegas proporcionaron perspectivas importantes y calificaron algunos de los peores excesos del antiporfirismo, pero no desafiaron ni su orientación básica ni sus conclusiones fundamentales. Por ello, existe un paralelo obvio entre las distorsiones del antiporfirismo posrevolucionario y las del porfirismo estricto que proporcionaron los apologistas del régimen a finales del siglo XIX. En los dos casos, se crearon mitos igualmente fuertes que fueron muy difíciles de tocar, y menos de contradecir.

Se encuentran ejemplos de adulación y deferencia a Díaz, el patriarca, en todo el espectro del México porfiriano, desde los habitantes de los remotos pueblos rurales hasta los miembros del gabinete y los íntimos del presidente. En la correspondencia privada de Díaz hay numerosos ejemplos de peticiones por la bondad del patriarca, expresadas con un lenguaje muy emotivo. Éstas iban desde solicitudes para que Díaz fuese padrino de numerosos hijos, hasta súplicas de las autoridades de los pueblos para que el patriarca interviniese en la búsqueda de alguna solución a una gran variedad de problemas locales. Como era de esperarse, el lenguaje de deferencia impregnaba el discurso de la elite política. Por ejemplo, el secretario de Hacienda José Yves Limantour (1854-1935), uno de los personajes más influyentes durante las dos últimas décadas del régimen, se vio obligado a responder a un obituario poco halagador de Díaz publicado en el *Times* de Londres en julio de 1915. El texto original había resaltado no sólo la mezcla de ignorancia y prejuicio racial y cultural que con frecuencia demostraban los observadores británicos de México, sino también el hecho de que para 1915 el antiporfirismo ya se había establecido firmemente:

Porfirio Díaz compartió la suerte de varios gobernantes de América del Sur y América Central. Sobrevivió a su grandeza y murió en el exilio. Gobernó en México con un poder prácticamente despótico desde 1876 hasta su caída en 1911, y es debido a ese poder por lo que su país vivió su primero y único periodo prolongado de un gobierno formalmente establecido, desde que acabara su obediencia a España. Bajo formas republicanas, Díaz gobernó con mano de hierro, pero sólo una mano así podía haber impuesto respeto por el orden público y miedo de las autoridades constitucionales, en una nación donde cuatro quintos eran de sangre indígena o mezclada y además desmoralizada por más de cincuenta años de anarquía, corrupción y masacre.

La respuesta indignada de Limantour expresaba claramente el discurso porfirista de la elite política, al describir a Díaz como patriota consumado que, por sí solo, había otorgado "paz, orden, y progreso material" a su país:

El general Díaz fue, sin duda, el creador del México moderno. Después de sesenta años de agitación que precedieron a su administración, él llevó al país a un estado de progreso que no superaba ninguno de los países de América Latina... Bajo su guía, se

creó orden a partir del caos, la prosperidad se desarrolló conscientemente en todas las clases y se formó un nuevo país. La grandeza del general Díaz [se reveló] como estadista, como soberano de hombres y como patriota... El general Díaz fue un trabajador infatigable que dedicó la totalidad de su tiempo, de su sobresaliente habilidad y de su gran fuerza a crear el bienestar de su pueblo y al desarrollo de su país. Ningún asceta se ha preocupado menos por sus propios intereses, placeres o comodidades.

Las alabanzas a Díaz por parte de sus contemporáneos no llegaron exclusivamente de los que lo apoyaban políticamente. Quizás la más improbable sea la del mismo Francisco I. Madero, el primer mandatario del México revolucionario después del exilio de Díaz en 1911. En su notable libro *La sucesión presidencial en 1910* (1909), que desencadenaría no sólo el movimiento antirreeleccionista y su propia candidatura a la presidencia, sino la misma Revolución, Madero escribió:

En lo particular, estimo al general Díaz y no puedo menos que considerar con respeto al hombre que fue de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio y que, después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, ha usado de él con tanta moderación.

Fuera de México, la alabanza coetánea de Díaz surgió también de fuentes inesperadas. En 1894, José Martí, intelectual radical y líder del Partido Revolucionario Cubano en su prolongada lucha por independizarse de España, escribió para solicitar una entrevista con Díaz durante una visita a México a fin de recaudar fondos. Independientemente de que Martí buscara ayuda financiera y apoyo moral y político para la causa cubana, y que, por lo tanto, era difícil que insultara a un benefactor potencial, Martí halagaba abiertamente a Díaz como un patriota sabio que había luchado de manera consistente por la independencia del continente americano.

Un cubano prudente [...] ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del General Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano [...] al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del continente [...] que hoy preside a México, la significación y alcance de la revolución sagrada de independencia.

De entre la prosa más efusiva y extravagante en homenaje a Díaz, gran parte se produjo en el mundo anglosajón. Como comentó Robert Skidelsky: "La era victoriana fue una época de adoración al heroísmo. En un periodo de incertidumbre religiosa, la moral necesitaba cada vez más del apoyo de vidas ejemplares; vidas que, de manera particular, acentuasen la fuerte conexión existente entre la virtud probada y el éxito público." Sin embargo, también queda claro que muchas de las narraciones estaban basadas en una combinación de ignorancia y de repetición mecánica de la autoproyección, la autopromoción y la propaganda del propio régimen en el ámbito internacional.

La señora Alex Tweedie, una de aquellas múltiples e infatigables viajeras de las Islas Británicas en la época victoriana, describió a Díaz, en su biografía de 1906, simplemente como "el personaje más importante de la historia moderna", y lo

comparaba con el zar de Rusia y con el papa: "sin embargo", afirmaba en la misma página —con una comprensión no tan segura de la ciencia política o de la realidad política mexicana— que él era "un dirigente democrático". Su descripción de Díaz como un "hombre atractivo, fino y fuerte... con ojos oscuros, profundos y penetrantes" sugiere también que ella pudo haber sido una de las tantas víctimas de lo que José Valadés describiría más adelante como la frondosidad sexual de Don Porfirio.

Los contemporáneos estadounidenses eran igualmente exagerados en sus alabanzas. José Godoy, el encargado de negocios mexicano en Washington en 1909, solicitó la opinión de importantes congresistas, senadores, oficiales de las fuerzas armadas, servidores públicos y presidentes de universidades estadounidenses para una biografía que fue publicada en 1910. En el texto que resultó de ello, una mezcla alucinante de prosa recargada, libre fantasía e ignorancia pura, Díaz emerge como un personaje mítico, casi divino, que creó por sí solo la nación mexicana. Sus contemporáneos estadounidenses lo comparaban, de manera variada y simultánea, con Moisés, Josué, Alejandro Magno, Julio César, Cromwell, Napoleón, Bismark, Lincoln, Washington, el General Grant, Gladstone, Disraeli e incluso con el Mikado.

Las descripciones y referencias que con mayor frecuencia usaban los admiradores de Díaz en la biografía de Godoy seguían un patrón previsible. La referencia más frecuente iba hacia el marcado desarrollo de México bajo la sabia administración de Díaz. Otras hacían énfasis en las cualidades de patriotismo, moralidad personal, abnegación y humildad, poniendo de relieve, sobre todo, el origen humilde de Porfirio, y citando su carrera como un ejemplo del paso de la pobreza a la riqueza ("*rags to riches*"). El congresista californiano Charles Landis proporcionó la que quizás sea la expresión más evocadora de la apoteosis en la mitología porfirista de finales del siglo XIX: "Nos referimos a México y pensamos en Díaz [...] Díaz es México y México es Díaz."

Ciertamente, los esfuerzos concertados y orquestados para promover tanto a Díaz como al régimen bajo una luz positiva en los ámbitos nacional e internacional se derrumbaron ante los resultados de la Revolución de 1910. La hagiografía fue sustituida rápidamente por el envilecimiento y el asesinato del personaje, al tiempo que el antiporfirismo se convertía en la norma.

Sin embargo, es importante subrayar que el antiporfirismo, en sí mismo, no fue un producto exclusivo del periodo posrevolucionario, y que sus raíces se hundían con toda claridad en el tiempo que lo precedió. El ejemplo más impresionante del desafío al culto del porfirismo, previo a la revolución, fue la polémica originada por la decisión de conmemorar, en 1906, el centenario del natalicio de Benito Juárez. Resulta sumamente ilustrativo comparar el destino tanto historiográfico como mitológico de los dos oaxaqueños que dominaron la política mexicana decimonónica durante más de medio siglo.

Si se consideran las fuertes tensiones políticas que rodearon la sexta reelección de Díaz en 1906, el intento del régimen por fomentar y explotar el mito de Juárez, presentándolo como el precursor de la era de Díaz, estaba destinado a causar controversia. El saldo historiográfico de la controversia fue sumamente desfavorable para Díaz, y lo ha seguido siendo desde entonces. Mientras que Juárez quedó firmemente identificado con el nacionalismo y la autodeterminación, con la democracia política y la libertad civil, con la ley y el Estado secular (y, más tarde, en el siglo XX, con los derechos de los indígenas y la resistencia al colonialismo), Díaz quedó asociado, con la misma firmeza, con su antítesis: la dictadura y la represión, el abuso de la autoridad constitucional, el clericalismo y la violación de la soberanía mexicana, y en el papel de archixenófilo y traidor. Con el tiempo, el lodo lo ha endurecido.

Neoporfirismo

La demonología de Díaz y del Porfiriato ha resultado ser necia y resistente durante el siglo XX, a pesar de algunos indicadores superficiales de relajación de la condena oficial. Sin embargo, la nueva evaluación del Porfiriato, durante el decenio de 1990, ha comenzado, finalmente, a restaurar el equilibrio entre las interpretaciones porfirista y antiporfirista. Desde las nuevas (aunque todavía polémicas) versiones de los libros de texto, hasta la transmisión de la telenovela *El vuelo del águila*, se han visto progresivamente signos de una profunda revisión de prejuicios añejos.

Como se dijo ya, las raíces del neoporfirismo contemporáneo no están sólo en la respuesta oficial a la crisis política y económica, sino también en la nueva evaluación de la época que realiza una nueva generación de historiadores mexicanos. Uno de los puntos más importantes de lo que hoy se clasifica como historia "revisionista" es el hincapié que se hace en la continuidad (en lugar de la ruptura) entre el Porfiriato y la Revolución, así como el reconocimiento consecuente de la deuda que el sistema político posrevolucionario tiene para con su predecesor.

Sin embargo, el revisionismo neoporfirista no es un fenómeno nuevo en la historiografía mexicana, y debe mucho a las biografías de Díaz realizadas por Francisco Bulnes (1921), Ángel Taracena (1960) y Jorge Fernando Iturrigaría (1967). En años recientes, se ha vuelto a plantear el caso con un vigor renovado, sobre todo con las biografías revisionistas de Enrique Krauze (1987) y Fernando Orozco Linares (1991).

El peligro inherente del nuevo revisionismo, que se manifiesta en el reciente crecimiento del neoporfirismo, es que, con la transformación de la imagen de un dictador diabólico en la de un patriarca benévolo y patriota, Díaz encontrará, de nuevo, un lugar en el panteón de los héroes nacionales. Esto representaría una oportunidad perdida. Además, los vínculos entre el neoporfirismo y el neoliberalismo como proyecto político ya se han identificado claramente, y corren el riesgo de seguir distorsionando la "calidad histórica" de la época de Díaz. No está libre de ironía el hecho de que, en 1911, el acérrimo porfirista Enrique Creel, gobernador de Chihuahua y ex embajador de México en Estados Unidos, escribiera a Díaz durante su exilio en París y, en un intento vano de consolar al presidente exiliado, hiciera la siguiente predicción: "Puede usted estar seguro de que el pueblo mexicano y la historia le harán cabal justicia." Sin embargo, parece que, casi un siglo después, todavía no se ha vuelto realidad la predicción de Creel. El simple hecho de que los restos de Don Porfirio sigan sepultados en París, en el cementerio de Montparnasse, simboliza claramente que el Estado posrevolucionario aún no acepta el legado del régimen de Díaz, y que la reconciliación histórica de México con una de las figuras más importantes en el desarrollo de la nación tampoco se ha realizado. ~